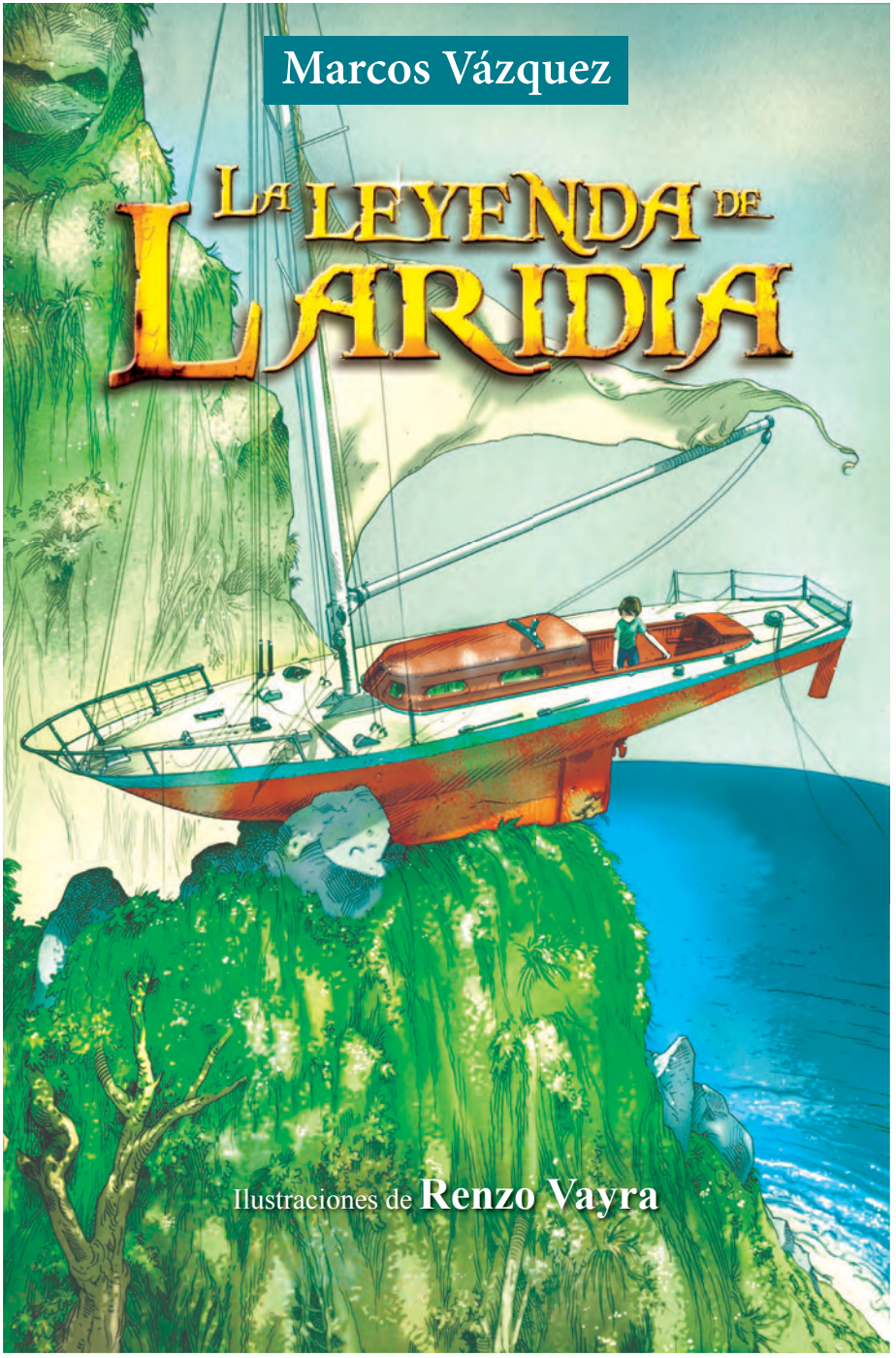

Marcos Vázquez
La leyenda de Laridia
Ilustraciones de Renzo Vayra

TRILCE

Marcos Vázquez

La leyenda de Laridia

Ilustraciones de
Renzo Vayra

TRILCE

www.laridia.com

Ilustraciones de carátula e interior:
Renzo Vayra, 2012

© 2012, Ediciones Trilce

Durazno 1888,
11200 Montevideo, Uruguay.
tel. y fax: (598) 2 412 77 22 y 2 412 76 62
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 978-9974-32-587-6
Primera edición: marzo 2012

Para Clara y Horacio
dos hermanos de la vida

1. La tormenta

Martín observaba con preocupación cómo su abuelo luchaba sin éxito contra la tormenta. El pequeño velero se movía sin cesar mientras las olas castigaban con fuerza la cubierta.

—Te dije que esperaras abajo —rezongó Pedro, al ver que su nieto intentaba ayudarlo. Martín no estaba dispuesto a dejarlo solo. Desde que era pequeño lo acompañaba todos los veranos en las travesías por el mar. Cada año, después de terminar las clases, empezaban una nueva aventura juntos. Se embarcaban en el *María Bonita*, y recorrían diferentes puertos y ciudades hasta mediados del mes de febrero.

—¿No escuchaste lo que te dije? —Lo tomó del brazo y lo obligó a descender por las escaleras en dirección a la cabina.

—Pero, Abuelo, ¡ya tengo edad suficiente como para ayudarte! —protestó—. ¡No me trates como a un niño!

Pedro no respondió. Sabía que Martín ya no era un niño, acababa de terminar segundo año de liceo; pero no podía permitir que algo le sucediera. Esa no era una tormenta como cualquier otra; la había estado esperando por muchos años.

—No hay nada que podamos hacer afuera. —Apoyándose en la pared para no caerse, se sacó como pudo el impermeable, lo colgó, y se recostó en el banco que rodeaba una pequeña mesa ovalada.

Martín se sentó frente a él.

Aun sentados les resultaba difícil mantener el equilibrio. El barco se bamboleaba de un lado a otro al compás del viento y de las olas.

Un viejo reloj indicaba que faltaban pocos minutos para la medianoche.

—Es muy extraño —dijo Martín—. Revisamos el pronóstico meteorológico hace cinco horas y no había ninguna alerta.

—Los de meteorología se equivocan todo el tiempo.

Martín se sorprendió con la respuesta; su abuelo le había enseñado que las predicciones del clima resultaban vitales para cualquier viaje por el mar.

Sosteniéndose en la mesa, Pedro abrió un cajón, tomó la pipa y se dispuso a llenarla con tabaco. El muchacho lo observaba. Sólo la utilizaba cuando estaba nervioso.

—¿Qué pasa, Abu?

—¿Qué te hace pensar que sucede algo? —respondió el abuelo, mientras la encendía.

—Te has comportado raro desde que partimos de Punta del Este. Llevamos tres días de viaje y cada vez nos alejamos más de la costa. ¿Tenemos pensado llegar a África? —en su voz había una pizca de ironía..

Pedro soltó una carcajada mezclada con el humo.

—¡Me descubriste!

—¡Vamos! Hablo en serio —rezongó Martín.

El viejo lo contempló en silencio durante algunos segundos. Pensó si sería el momento indicado para contarle lo que planeaba. Martín lo observaba con impaciencia.

—Está bien, está bien… —lo tranquilizó—. Es una larga historia.

—No hay problema; tenemos algo de tiempo antes de irnos al fondo del océano. —El muchacho todavía tenía ánimo para bromear.

Apenas terminada la frase, una ola golpeó el casco de la nave y la sacudida provocó que ambos cayeran al suelo. Martín se levantó de inmediato y asistió a su abuelo.

Pedro no encontraba la pipa. El muchacho la buscó por el piso hasta que la halló. El tabaco se había desparramado por todas partes.

—¿Estás bien, Abu?

Asintió con la cabeza. —Creo que vamos a tener que atarnos para dormir.

A Martín no le gustaba la idea, pero sabía que era lo adecuado.

Se apresuraron a dirigirse al camarote antes de que volvieran a caerse. El cuarto se comunicaba con la sala a través de una pequeña puerta de madera. Dos tablas incrustadas en las paredes servían como camas. Los colchones eran tan angostos que se confundían con sobres de dormir.

—¡Rápido, Tin! Antes de que sea demasiado tarde.

Sólo el abuelo lo llamaba así. Toda la vida había sido el pequeño «Tin» para él.

—No es nuestro primer temporal en el mar —protestó, mientras lo ayudaba a sujetarse con unas cintas a la cama.

Cuando Martín se disponía a hacer lo mismo, Pedro lo tomó del brazo.

—Antes de que te ates, necesito un favor más —dijo.

—¿Qué favor, Abu? —Apenas podía mantenerse en pie.

—En el piso hay una madera que tiene un color diferente a las demás —aguardó a que la ubicara—; si le das un golpe en uno de los extremos vas a notar que está suelta.

Martín siguió las instrucciones y descubrió que la tabla se movía. Sin mucho esfuerzo la levantó. De inmediato quedó al descubierto una libreta con tapas de cuero. A juzgar por el estado exterior, imaginó que había permanecido guardada en ese sitio durante mucho tiempo.

Se incorporó con la libreta entre las manos. Como pudo, sacudió el polvo que tenía acumulado y le dio una rápida mirada a las amarillentas páginas. Contrariamente a lo que imaginaba, nada de lo que había escrito le resultaba comprensible. Unos garabatos y extraños símbolos ocupaban las escasas hojas.

—Ese es el motivo de nuestro viaje —dijo Pedro.

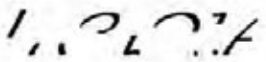
—Ahora me vas a decir que vamos a buscar un tesoro —bromeó.

—Algo mucho más valioso.

Los ojos del abuelo se llenaron de lágrimas.

Martín no entendía el por qué de la emoción de Abu, pero cuando se disponía a preguntarle, un tremendo sacudón hizo que perdiera el equilibrio y golpeara la cabeza contra la pared.

Lo último que vio antes de desmayarse, fue lo que estaba escrito en la primera hoja de la libreta que cayó abierta a su lado.



La imagen se hizo borrosa y todo se oscureció.

2. Un velero en la montaña

Cuando Martín volvió en sí, descubrió que estaba acostado y atado a la cama. Supuso que su abuelo lo habría cargado hasta allí. No estaba seguro de si había permanecido inconsciente durante horas o sólo algunos minutos. Todo en la habitación giraba sin cesar.

Al cabo de unos segundos, notó que el velero ya no se movía. Como pudo, tratando de vencer el mareo, se paró.

Apenas logró mantenerse de pie. Por un momento pensó que era por culpa del golpe, pero enseguida se dio cuenta de que el piso estaba muy inclinado, como si el barco estuviera recostado sobre uno de los lados. ¿Habrían encallado?.

Miró la cama de Pedro y descubrió que estaba vacía.

—¡Abu! —gritó.

No hubo respuesta.

En el suelo aún estaba la libreta. La recogió y la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Apoyándose en las paredes se dirigió hacia la cubierta del barco. Mientras avanzaba no dejaba de llamar a su abuelo una y otra vez.

Cuando llegó, el panorama que observó en el exterior lo dejó perplejo: era pleno día y el barco estaba encallado en una montaña de piedra a unos trescientos metros de altura. La embarcación se encontraba a mitad de camino entre la base y la cima.

A pesar de ser una locura, parecía que el velero hubiera volado hasta allí.

Se sintió abrumado. No entendía por qué el abuelo lo dejó desmayado en el camarote y se marchó. ¿Estaría del otro lado de la montaña?

La sola idea de que se hubiese caído al mar, lo hizo estremecer. De inmediato la descartó. Tenía que encontrarlo.

Volvió abajo; tomó una mochila y puso algunas cosas que creyó útiles para la búsqueda: cuerda, linterna, una bengala, cuchillo, algo de abrigo, agua y comida.

Antes de salir decidió probar la radio para pedir ayuda. Conocía a la perfección todos los códigos de la navegación. Quizás algún barco cercano podría escucharlo.

—«Mayday». «Mayday». Aquí el *María Bonita*. ¿Alguien me copia?, «cambio».

Nadie contestó al llamado.

—«Mayday». «Mayday». Aquí el *María Bonita*. Estamos encallados. Nuestra posición es… —Buscó en los instrumentos, pero ninguno funcionaba—. ¡Diablos! —maldijo. El enojo fue tal que tiró el micrófono y se alejó rumbo a cubierta.

Cuando estaba por salir de la cabina, escuchó una voz femenina que provenía de la radio:

—Hola. ¿Hay alguien ahí?

Al final de las palabras se sintieron sollozos.

Martín corrió hacia el transmisor.

—¿Quién habla? —Parecía alguien muy joven.

—Soy Maite —se oyó con voz temblorosa.

—Maite, necesito hablar con un adulto. Cambio.

—Mi padre desapareció. No lo encuentro por ningún lado —volvió a escuchar el llanto.

—Tranquila Maite. Yo soy Martín —dijo—. ¿Dónde está tu barco?

—No sé dónde estamos. Vas a pensar que estoy loca, pero creo que chocamos contra una montaña —se le escapó una risita nerviosa al final de la frase.

—No estás loca —contestó, resignado—. Nuestro barco también golpeó contra una montaña. Por lo claro que nos escuchamos, debe ser la misma.

—¿Es una broma? —preguntó algo molesta.

—Eso quisiera —respondió Martín—. A nuestro velero le sucedió lo mismo, y lo peor es que mi abuelo desapareció.

—¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude por favor! —Maite había decidido no continuar la conversación. Era imposible que hablara en serio y ella no tenía tiempo que perder.

—No importa si no me crees —la interrumpió—. Voy a

buscarte ya mismo. Tu barco debe estar cerca del mío; cuando me veas lo vas a entender.

Desconectó la radio y se dispuso a salir. Tenía que averiguar qué sucedía y encontrar a Abu.

No le resultó sencillo descender del barco.

La popa era la parte que estaba más cerca del suelo, pero, a pesar de ello, más de tres metros separaban el borde superior de la cubierta y las rocas. Si saltaba, corría el riesgo de rodar montaña abajo.

Luego de pensarlo, decidió utilizar la cadena del ancla para abandonar la nave. Dio un salto y quedó colgado de la baranda. Se deslizó hasta que llegó a la cadena y descendió por esta hasta quedar cerca del suelo. Una vez a esa altura, se soltó y cayó parado sobre las rocas de la montaña.

Cuando miró hacia arriba, la imagen del imponente velero con la quilla incrustada entre las piedras lo sobrecogió. Ese barco había sido el sueño de Abu por mucho tiempo. No imaginaba la forma de volver a ponerlo en el mar para que navegara de nuevo.

Pero no era el momento de preocuparse por eso. Primero tenía que encontrarlo, y después, entre los dos, buscarían la forma de salir de allí.

Con la ayuda de las manos y tratando de no resbalarse, empezó a rodear la montaña. Tenía que llegar lo más rápido posible al otro lado.

Luego de algunos minutos divisó otro velero. Ese tenía que ser el de Maite, pensó.

Apuró el paso. Mientras lo hacía, decidió gritar el nombre de la muchacha:

—¡Maite!

Nada sucedió. Avanzó unos metros más.

—¡Maite! ¡Soy Martín! —probó otra vez.

¿Y si ese no fuera el barco?

La figura que apareció en la cubierta terminó con la interrogante.

3. El pacto

Doce años antes, en el mismo lugar del océano

Un fuerte temblor sacudió la montaña de piedra.

El barco se tambaleó con las ondas que se propagaron hacia el mar, mientras dos hombres en la cubierta contemplaban con tristeza aquella extraña formación rocosa. En pocos minutos más, habría desaparecido.

Lo que había comenzado como una aventura en busca de un destello de esperanza, se había convertido en una increíble experiencia que les marcaría sus vidas para siempre. Tan increíble que nadie los tomaría en serio si la contasen. Y, si les creyeran, pondrían en peligro lo que más amaban.

—Tenemos que alejarnos. No podemos esperar más.

La voz provino del puente de mando de la nave. Un hombre de unos treinta y pocos años fue quien les habló. De pelo oscuro, estatura mediana y con una barba desprolija e incipiente, portaba la clásica gorra de capitán de barco. Vestía pantalón y remera blancos.

No obtuvo respuesta de los pasajeros. Ambos sabían que no tenía sentido esperar, porque nadie más subiría al barco, aunque en su interior, ninguno de los dos quería partir.

El capitán no insistió. Temía que el volcán hiciera erupción de un momento a otro. Se dirigió hacia el panel de instrumentos de navegación, presionó un interruptor que levantaba el ancla y puso en marcha el motor de la nave.

Apenas unos segundos más tarde el barco se alejaba de la montaña.

Mientras lo hacía, el capitán se preguntaba por qué aquellas personas aceptaban con tanta tranquilidad la pérdida de sus seres queridos. No parecía acorde con lo que le habían contado

al regresar al barco. Él no los había acompañado en el desembarco ya que su misión era quedarse en la nave. No le pagaban por trepar a una montaña.

Según le dijeron, mientras exploraban el interior del volcán fueron sorprendidos por un fuerte temblor de tierra. Aunque las paredes se desmoronaban, trataron de escalar hacia la cima, pero en el medio del ascenso una enorme roca cortó la cuerda que sujetaba a las mujeres y las arrastró sin remedio hacia el vacío.

—Es imposible que hayan sobrevivido —se lamentó uno de los pasajeros. Pero el instinto del capitán le decía que esa no era la verdad. De todos modos, tenía un largo viaje por delante para descubrirla.

Puso los motores a media marcha y dirigió la nave rumbo al oeste.

En cubierta, el mayor de los dos hombres pasó el brazo por encima del hombro del otro y le habló con voz calma:

—Era la única opción. Hicimos lo correcto.

El compañero asintió con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Apenas se habían alejado unos doscientos metros, cuando la saliente de piedra empezó a hundirse lentamente en el océano, ante la atónita mirada de todos.

Un enorme remolino de agua se formó alrededor de la montaña.

El capitán aceleró los motores al máximo. Tenían que alejarse para no ser arrastrados al fondo del mar.

Habían transcurrido tan sólo unos minutos, cuando la montaña se hundió por completo.

A bordo de la nave nadie hablaba.

Ambos pasajeros miraban con asombro cómo las olas se movían de un lado al otro, y ya no se reconocía el lugar donde, instantes antes, se encontraba el volcán.

El capitán repasaba una y otra vez todo lo sucedido: cuando lo contrataron, le habían dado las coordenadas exactas a donde debía llevarlos. A pesar de que en la carta de navegación sólo

aparecía océano en ese punto, las dos mujeres insistieron en que ese era el destino del viaje.

En el momento en que estaba por responder «no», al trabajo que le pedían, el mayor de los hombres, en apariencia el padre de una de las jóvenes, extrajo de un maletín una suma de dinero en efectivo que le hizo cambiar de parecer. Al fin y al cabo, qué importaba si a donde iban había tierra o agua, a él sólo le preocupaba que le pagaran, y sobre eso ya no tenía dudas.

Al principio todo transcurrió con normalidad, pero después de tres días de viaje, se desató la peor tormenta que había vivido en el mar. La nave estuvo muy cerca de hundirse; las olas le pasaban por encima como si fuera una cáscara de nuez en medio del océano.

Cerca del amanecer todo se calmó. Cuando salió a cubierta esa mañana, a menos de cien metros del barco descubrió que, en las coordenadas que le habían dado los pasajeros, se divisaba una enorme montaña de piedra. Las cartas de navegación estaban equivocadas, pensó. Cuando volviera a puerto se encargaría de poner en aviso a todos los navegantes. Era muy peligroso que nadie supiera de la existencia de esa isla. Aunque, a decir verdad, aquellas personas sí la conocían.

En ese momento sólo le preocupó el error en los mapas; no tenía idea de que unas horas más tarde la vería desaparecer.

Mientras recordaba, no notó el instante en que los pasajeros abandonaron la cubierta y se dirigieron a los camarotes.

Se maldijo a sí mismo. Si quería averiguar qué había sucedido, no podía perderlos de vista. El viaje de vuelta hacia el puerto le daría tiempo suficiente para hablar con ellos. Tendría que reportar la desaparición de las dos mujeres a las autoridades. Aunque lo que más lo atormentaba, era que nadie le creería la historia sobre la «montaña hundida».

Fijó el rumbo, abandonó el puesto de mando y se dirigió hacia los camarotes. Cuando llegó, vio cómo los hombres conversaban sentados alrededor de la mesa.

Se ocultó detrás de un armario para que no lo vieran. Apenas escuchaba lo que decían. Ambos estaban escribiendo en unas libretas.

Estuvieron así por largo rato.

Cuando terminaron, el mayor de ellos habló:

—Tenemos que evitar que esta información llegue a manos inapropiadas. Si eso sucede, todo nuestro sacrificio habrá sido en vano —razonó en voz alta.

—¿Cuándo podremos volver? —preguntó el otro. Sonaba desconsolado.

—Según mis cálculos, la próxima vez que tendremos acceso a Laridia será el… —Se detuvo y miró alrededor para asegurarse de que nadie más lo escuchara. No podía cometer ningún error. Tomó el lápiz y escribió en una de las hojas. La giró y se la mostró.

La expresión en el rostro del compañero lo dijo todo. No estaban hablando de días, ni quizás semanas o meses.

—Tranquilo, vamos a volver a verlas —lo consoló.

¡Lo sabía!, se dijo para sí el capitán, al confirmar que le habían mentido.

—No podemos esperar tanto —replicó el más joven, a la vez que negaba con la cabeza—. Tenemos que buscar la forma de entrar y traerlas antes de regreso. Si pedimos ayuda…

—¡No! —lo interrumpió el otro con firmeza. Al darse cuenta de que había gritado, de inmediato bajó la voz y agregó—: ¿Y arriesgarnos a que destruyan una civilización que ha permanecido oculta de los humanos durante siglos? —hizo una breve pausa—. ¿Te das cuenta de lo que hay allí abajo? Podría valer una fortuna si no se tienen los escrúpulos necesarios.

—Pero es mucho tiempo —se quejó, resignado, su compañero.

—Es la única forma de entrar —respondió el más veterano—. No hay nada que podamos hacer. Si volvemos en la fecha exacta, lograremos ingresar otra vez, y estoy seguro de que vamos a encontrarlas sanas y salvas. Mientras tanto, para proteger esto

—señaló las notas—, una vez que arribemos a puerto, será mejor que no mantengamos contacto entre nosotros hasta que llegue el momento adecuado. ¿Estás de acuerdo?

El otro asintió en silencio.

El corazón del capitán latía con fuerza. Apenas podía creer lo que escuchaba. Las palabras «Laridia», «civilización» y «fortuna», resonaban una y otra vez en su cabeza.

Tenía que planificar muy bien la próxima jugada. Se alejó sin hacer ruido y volvió al puente de mando. Lo mejor sería que pensaran que él no sabía nada y así, cuando menos lo sospechasen, podría hacerse de las notas que tenían guardadas.

No imaginaba que debería aguardar un largo tiempo antes de lograr el preciado objetivo.

Aquellos hombres estaban dispuestos a todo con tal de salvaguardar a sus seres queridos.

4. La subida

Martín quedó impresionado por la belleza de la joven que lo observaba desde la cubierta del barco. El sol se reflejaba en la larga cabellera rubia y ondulada, mientras el color de los ojos se confundía con el del océano. Vestía un jean y una remera blanca.

Al principio le pareció que tendría su misma edad. Luego, al acercarse, supuso que sería uno o dos años menor.

Ella no esperó a que Martín llegara hasta el barco. Cuando estaba apenas a unos pasos, dio un salto y cayó sobre el suelo rocoso. En un movimiento rápido se le arrojó encima, lo derribó, y lo tomó con fuerza por el cuello.

—¿Dónde está mi padre? —le gritó, enojada—. ¿Qué le hicieron?

Martín no reaccionaba. Las pequeñas, pero poderosas manos, le impedían respirar con normalidad.

Al cabo de unos instantes de forcejeo, la empujó con las piernas para sacársela de encima.

Los dos quedaron exhaustos por la pelea.

Cuando todavía no se habían recuperado, el suelo comenzó a moverse. Como si se tratara de un cohete en pleno lanzamiento, la montaña se elevaba hacia el cielo mientras la base emergía del agua.

Ambos rodaron cuesta abajo; más allá de sus intentos, no encontraban nada para aferrarse. Martín, que había descendido más que Maite, hizo un esfuerzo por dejar de girar, clavó los zapatos en la roca y, después de varios intentos, logró quedar inmóvil.

A los pocos segundos vio que ella se acercaba a toda velocidad. Parecía inconsciente a causa de los golpes recibidos en el descenso.

Afirmó los pies al suelo y se aprontó a sujetarla cuando pasase a su lado. Estuvo a punto de perder la estabilidad y caer de nuevo, pero lo logró.

Martín estaba muy asustado. Aquello no parecía un terremoto; la enorme masa de piedra se había elevado varios metros por encima del mar y una apacible playa de arenas doradas la rodeaba.

Una isla entera acababa de emerger en medio del océano.

De pronto, algo le tiró del brazo con fuerza. Maite había vuelto en sí y lo arrastraba hacia ella.

Martín imaginó que volvería a atacarlo, pero esta vez se equivocó.

Un espeluznante sonido, similar a un ferrocarril que frena de golpe y se desliza por las vías de acero, se escuchaba cada vez más fuerte. Miró hacia arriba: el barco de Maite caía hacia la base de la montaña arrasando con todo lo que encontraba en el camino.

Con la ayuda de la muchacha logró moverse a tiempo.

Una ráfaga de viento le congeló la espalda.

Ambos contemplaron atónitos cómo el velero se destruía.

—Estamos a mano —dijo ella sin mirarlo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Martín la observó antes de contestarle.

—Gracias —respondió—. Me salvaste la vida, aunque debo confesarte que al principio pensé que ibas a seguir golpeándome —intentó bromear—. Soy Martín, aunque eso ya te lo dije cuando hablamos por radio. Tú debes ser Maite. ¿No es así?

Ella lo miró y se puso a llorar como una niña pequeña. Martín se acercó y trató de consolarla.

—No llores, por favor —le pidió con dulzura—. Cuando mi abuelo vuelva, estoy seguro de que va a ayudarte a arreglar tu barco; él es un experto en carpintería marina.

—El barco no tiene importancia —contestó Maite, secándose las lágrimas—. Mi papá lo alquiló en el puerto antes de salir.

Si hubiese sido el *María Bonita*, Abu no soportaría verlo destruido, pensó Martín.

—No puedo encontrar a mi padre —se quejó—. Lo he buscado sin éxito por todas partes.

—Tampoco sé dónde está mi abuelo —se lamentó Martín—. ¿Cuándo viste a tu padre por última vez?

—Anoche, cerca de las dos de la madrugada. La tormenta era terrible, pero él no estaba preocupado. Nos fuimos a acostar a eso de la una y media. Al principio me costó dormirme porque el barco se movía mucho, pero al rato lo logré. Desperté hoy en la mañana y se había ido. ¡Tengo miedo de que se haya caído al mar durante la noche! —Rompió en llanto otra vez.

Aunque se negaba a admitirlo, él también había pensado en esa posibilidad.

—Estoy seguro de que están bien —intentó usar un tono tranquilizador—. No sé tu padre, pero mi abuelo es un viejo lobo de mar y ninguna tormenta puede vencerlo.

—Mi papá navega desde que era muy joven y me enseñó todo lo que sé al respecto —dijo ella—. Además, es muy fuerte. —Al decirlo, se animó un poco.

—Lo que me preocupa es esta isla misteriosa —Martín miró a su alrededor—. No está en ningún mapa y emergió en medio del océano. Supongo que nuestros barcos chocaron con ella mientras salía del agua.

—Quizás tu abuelo y mi padre se encontraron cuando recorrían los alrededores.

—Es posible; tenemos que ir a buscarlos. Los vamos a encontrar más rápido de lo que pensamos —dijo, aunque no estaba demasiado convencido.

—De acuerdo, pero… ¿hacia dónde vamos? —Ella se paró y miró hacia la cima.

Martín recordó que, cuando descendió del barco, en la base sólo se veía agua al final de las rocas. No había playa como ahora. Lo más probable era que Abu y el padre de Maite hubieran ido hacia arriba.

—Debemos trepar —concluyó.

Maite dudó. Le parecía que la cima estaba bastante lejos y el camino era muy empinado. Aunque no se le ocurría una mejor opción.

Martín tomó una cuerda que sacó de la mochila y ató una punta alrededor de la cintura de Maite. Hizo un nudo y repitió lo mismo con el otro extremo, pero esta vez se ató a sí mismo.

—Si alguno de nosotros se cae, esto nos va a mantener unidos.

Maite emitió un leve quejido cuando él apretó la soga.

Se pusieron en marcha.

La subida no les resultó nada fácil. Apenas podían afirmarse en el suelo rocoso y no encontraban muchas salientes de donde agarrarse.

Llevaban pocos minutos de ascensión cuando escucharon un grito que los hizo detenerse y alzar la vista. A escasos metros de la cima, una figura humana agitaba los brazos llamándoles la atención.

El corazón de Maite dio un brinco de esperanza. ¿Sería su padre? Estaba muy lejos como para reconocerlo. Al parecer se trataba de un hombre; vestía un pantalón oscuro y en la parte de arriba llevaba algo de color blanco.

Martín no dudó. Ese no era su abuelo.

—¿Es tu papá? —Deseaba que la respuesta fuera afirmativa.

Ella todavía no lo identificaba.

Al darse cuenta de que habían detenido el ascenso, el hombre volvió a gritarles.

—¡No dejen de subir!

De inmediato tomó un gancho con una cuerda y lo clavó en la roca. Cuando se aseguró de que estaba firme, ayudado por la soga, empezó a descender en dirección a los chicos.

—¿Es tu padre? —insistió el muchacho.

—No. No es —se lamentó Maite.

Martín se preocupó. Si no era el padre de Maite ni tampoco Abu, ¿qué hacía esa persona en la isla? Imposible que se encon-

trara allí antes que ellos, concluyó. ¿O quizás no? ¿Y si era el responsable de la desaparición de ambos? En pocos minutos más los habría alcanzado. ¿Debían quedarse a esperarlo o tenían que escapar? No había muchos lugares a donde ir.

—Tenemos que llegar hasta él —dijo Maite. En un abrir y cerrar de ojos, tomó la delantera y avanzó hacia la cima.

—Pero no sabemos quién es —protestó Martín.

—Hace un rato tampoco sabía quién eras tú —respondió ella, con ironía.

Martín no supo qué contestar. La decisión no le agradaba, pero no encontraba otra alternativa. Sin hacer más comentarios, siguió los pasos de su compañera.

Mientras tanto, el hombre continuaba el descenso. En pocos minutos más se encontrarían.

Los últimos diez metros a Maite le parecieron interminables. Tenía lastimados los dedos y algunas uñas se le habían roto. Martín no estaba en mejor situación; el cansancio y el calor del sol, lo hacían sentirse cada vez más débil.

Todavía les faltaba mucho por recorrer.

—¡Toma mi mano!

La orden sorprendió a la muchacha. No había notado que estaba tan cerca del desconocido.

Al ver que dudaba, el hombre volvió a estirar el brazo y la miró con dureza. Maite se sintió incómoda. Los ojos eran negros como el carbón, y las prominentes cejas, también negras y con alguna hebra plateada, les daban el marco perfecto para infundir temor.

—Toma mi mano —insistió. Le habló más suave que la primera vez.

Ella obedeció.

Él los ayudó a aferrarse a la cuerda y, sin mediar otra palabra, comenzó el ascenso.

—¿Podemos descansar un momento? —imploró Maite.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en este lugar? —inquirió Martín.

El hombre los ignoró y continuó sin detenerse.

—No pienso dar ni un solo paso más antes de que me responda —el muchacho se detuvo.

Maite lo imitó; ya no tenía fuerzas para caminar.

Al ver que no se movían, el desconocido giró y les habló con firmeza:

—Escuchen bien lo que les voy a decir, porque sólo lo haré una vez —hizo una pausa—. Esta montaña no va a quedarse así todo el día, esperando a que nosotros tengamos ganas de subir. Corremos el riesgo de que nos haga caer mientras sigue saliendo del agua. No tenemos tiempo para presentaciones. Hay que trepar hasta la cima.

La forma en que se los dijo no dejaba lugar para negociar.

—¿Está claro? —Se dio media vuelta y siguió avanzando.

Maite y Martín se miraron.

No tenían otra opción.

Sin cuestionárselo más, siguieron los pasos del hombre.

Contenido

1. La tormenta 7
2. Un velero en la montaña 10
3. El pacto 13
4. La subida 18
5. La clave hacia lo desconocido 24
6. Como peces en el agua 29
7. El cuarto dorado 33
8. Galas 39
9. La flor más hermosa 43
10. La leyenda de Laridia 51
11. No todos duermen 58
12. El despertar 60
13. Desde la superficie 63
14. Lib 66
15. La banda se reúne 71
16. El Lemtar 74
17. El observador 80
18. La ciudad amatista 81
19. Una desagradable sorpresa 86
20. El Consejo Supremo 89
21. Un prisionero de lujo 93
22. Cazadores cazados 98
23. Los teros 101
24. Una salida inesperada 105
25. Un encuentro poco amistoso 112
26. El santuario 116
27. Una salida para sobrevivir 126
28. El trayecto hacia la luz 129
29. Un inesperado milagro 134
30. Un futuro aterrador 139
31. El salto invertido 143
32. Una difícil decisión 150
33. De regreso a la ciudad 154
34. El reencuentro 157
35. El puente de piedra 163
36. De regreso a la montaña 168
Epílogo 174

La leyenda de Laridia

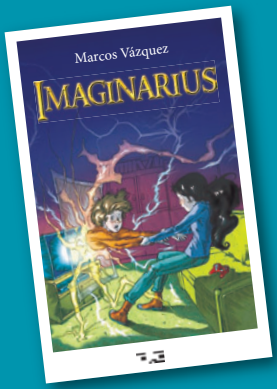
¡¿Un barco encallado en una montaña que emerge en medio del mar?!

Martín y Maite parecen destinados a encontrarse en este lugar extraordinario. Juntos emprenderán un viaje lleno de peligros y serán los únicos capaces de descubrir lo que encierra la milenaria leyenda de Laridia.

Arriesgándose hasta lo inimaginable demuestran que sólo con solidaridad pueden salvar... *(comienza a leer y descubrirás los secretos)*.

Después del gran éxito de *Imaginarius*, Marcos Vázquez nos fascina con esta novela de sorprendentes aventuras.

Marcos Vázquez (1965, Montevideo) estudió informática y se ha dedicado al desarrollo de programas de computación en el área de comunicaciones. Su devoción por la escritura y las artes escénicas siempre lo acompañó. Ha escrito varias obras de teatro para niños y participó en su realización. Sus novelas son una síntesis original de su amor por las letras y la pasión por la informática.



Imaginarius

Ingeniosa, llena de acción y de suspenso, la novela tiene el ritmo de los videojuegos pero agrega algo más que estos no pueden ofrecer: la existencia de personajes con emociones, afectos y rechazos, en situaciones donde existe la solidaridad pero también la traición.

www.imaginarius.com.uy

TRILCE

www.laridia.com

9 789974 325876